

HISPANIA



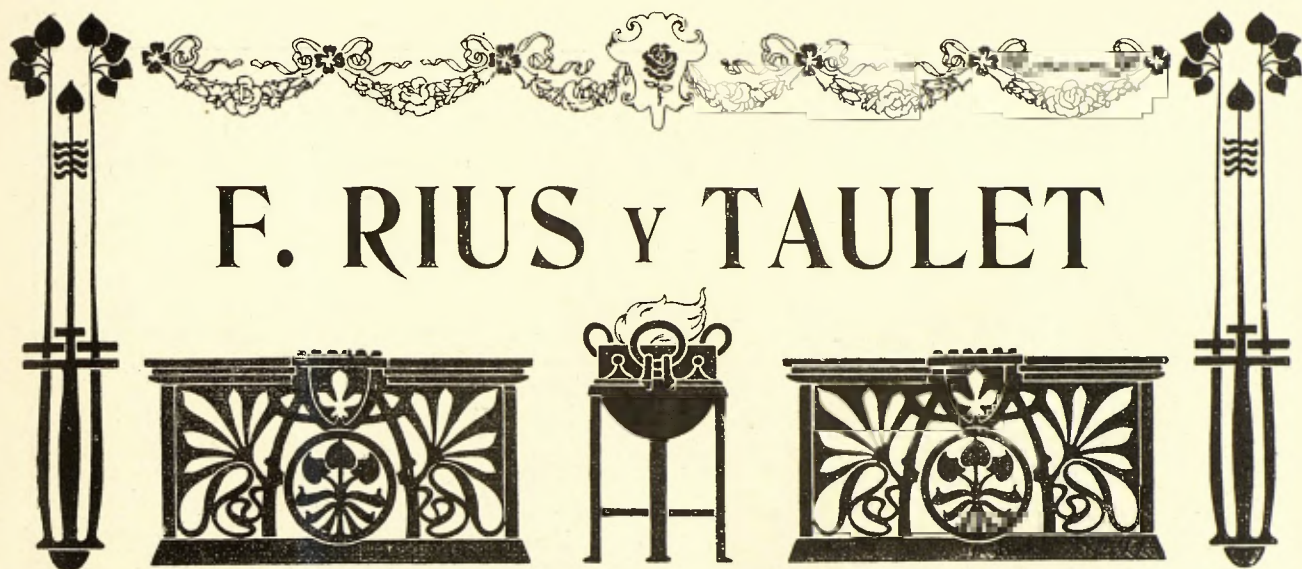
Manuel de Falla



Casa y posesiones del marqués de Olérdola en la población de este nombre



Capilla románica de la posesión de Olérdola, donde fué expuesto el cadáver de Rius y Taulet



F. RIUS Y TAULET

La historia de la humanidad ofrece con frecuencia un fenómeno triste, pero muy humano. Las generaciones no comprenden ni esplican al pensador, al artista, al hombre público que vive y actua en ellas. ¿Á qué citar casos de incomprensión y de injusticia social, si forman tejido muy denso en la vida humana? Á Rius y Taulet le tocó la suerte de incomprendido y mal juzgado por sus contemporáneos, aun por los que se consideran críticos piadosos de su memoria y actos. Viven todavía gentes que consideran liberalidad inmerecida, el hecho de que Barcelona perpetúe en monumento público su memoria. Estos extraviados de juicio constituyen la manifestación de un estado morbooso de nuestra sociedad, que esplica á maravilla como tal sociedad no podía comprender un temperamento como el del barcelonés insigne.

La lucha noble y apasionada por grandes ideas y sentimientos, es la semilla que fructifica en las almas y en los pueblos vigorosos y florecientes. Por un largo apartamiento de toda vida pública, el pueblo catalán vive encogido. Cada cual en su hogar, sin más horizontes que este hogar mismo, toda finalidad es procurarse un decoroso bienestar, la riqueza individual si es posible. Este es el fondo del pensamiento general y el criterio de la conducta propia y agena.

Tal era el estado general de pensamiento y de voluntad en nuestro pueblo, al ocurrir la revolución española. Singular fenómeno político, esta revolución. Verbalista y formalista el pueblo español, lo resulta hasta en sus revoluciones. Fué la nuestra la proclamación externa de la democracia, no la conversión de las almas á las virtudes y sentimientos democráticos. Democracia sin demócratas, al sonar en la Gaceta la hora del Gobierno del Pueblo, debía despertar, como despertó, una legión abigarrada de aspirantes al poder, compuesta de algunos demócratas

convencidos, otros que seguían de buena fe el impulso general, y un enjambre de aventureros para quienes la política venía á ser como un oficio cualquiera para prosperar en el mundo.

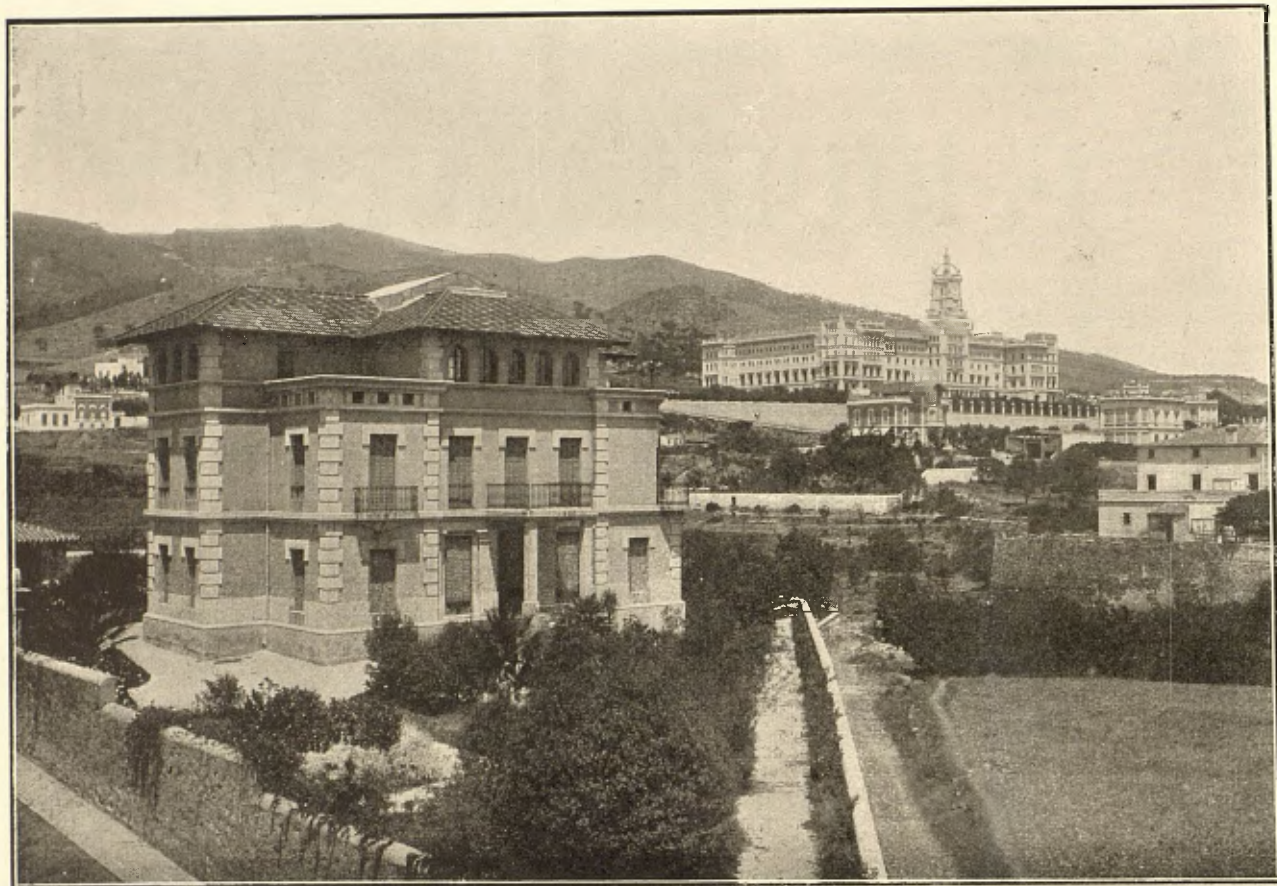
Los de buena fe van desfilando, se va definiendo cada día más el oficio de político y queda el cuadro reducido casi á los actores de la política en provecho propio y al público envuelto en su capa de refinado egoísmo, murmurando y maldiciendo á los que gerentan la cosa pública, á quienes condena en bloque y sin distinciones. ¿Cómo el montón de egoístas podía distinguir y diferenciar al que, llevado de su temperamento y en busca de un ideal elevado, lo realizaba en un medio inficionado y apesar del mismo?

Rius y Taulet tenía un temperamento y un ideal. Sin ellos es incomprendible su vida y su obra.

El temperamento de Rius es trasparente á cualquier observador mediano. Pulcro y atildado en sus maneras, devoto de la forma, su porte, su trato, su conversación y sus actos, revisten un sello de distinción que no es vestimenta externa sino manifestación real de un espíritu delicado. De la vida de la naturaleza y de los actos humanos, le atrae y seduce la grandiosidad, la magnificencia. Los grandes efectos, los conjuntos sugestivos, se apoderan de sus sentimientos. Es un espíritu sintético, y por este lado no parece hombre de su raza. De ella tiene la perseverancia en los propósitos, la asiduidad infatigable en el trabajo y la fe absoluta en el propio esfuerzo.

Poco conocían á Rius, los que le atribuían pasiones pequeñas y mezquinas. Frugal y sencillo en su vida privada como un espartano, desinteresado hasta abandonar, por su pasión única, el porvenir de los suyos, á quienes quería con delirio, había que oírle y que verle, sobre todo que verle, con el rostro encendido, la mirada apasionada





Vista general del edificio construido en Sarriá por suscripción pública y dedicado por la ciudad de Barcelona á Rius y Taulet

llevando á sus labios toda su alma, como en la intimidad hablaba de Barcelona y de sus proyectos. Parecía un profeta, un iluminado, que en éxtasis describiera la Ciudad de sus amores, grande, hermosa, limpia, repleta de monumentos de arte, riquísima y culta; la Ciudad que llenaba su ser y constituía el ideal único y exclusivo de su vida. Su gran pasión era inmortalizar la Ciudad y con ella inmortalizar su nombre en maridaje espiritual y eterno. Quizás en el fondo de su fantasía se le había representado su propio espíritu, resplandeciente de luz y de gloria, presidiendo el triunfo de su ciudad ideal.

Rius llevaba en sí, además de su temperamento, un lastre de sentimiento y de medio, que, con las circunstancias, dieron nacimiento á la pasión que caracteriza y absorbe su personalidad.

Era barcelonés de la Ciudad vieja, de la Barcelona amurallada. En el riñón de ella, en la Plaza Nueva nació. Correteando de niño y viviendo de joven en la tienda de su padre, fué almacenando en su espíritu, ya predispuesto, el conjunto de sensaciones y sentimientos de la vieja urbe, de cariño y admiración á su Ciudad, con la intensidad que apenas comprende el ciudadano de la Barcelona cosmopolita moderna.

Sobrino del profesor de Derecho Rius y Roca, influyó este parentesco en que su padre le dedicase á estudiar leyes, que cursó con lucimiento, ingresando en el Colegio de Abogados de esta ciudad el año 58. Hasta el 68 se dedica exclusivamente á ejercer su profesión, acreditándose de jurista entendido y discreto. El oleaje de la revolución le lleva á la vida pública y á la administración de

la Ciudad, en la cual casi constantemente interviene desde el 70 al 90. Desde entonces la vida pública le absorbe por entero.

Un barcelonés de la Ciudad vieja, con el temperamento que Rius traía, llevado á la administración de la ciudad en aquel período, debía apasionarse por su engrandecimiento. La vieja Barcelona iba á emprender su vuelo á Ciudad moderna. Libre del cinturón de murallas que la oprimía y ahogaba su vida exuberante, con empuje vertiginoso iba á levantar, aprisa y con furor, más cantidad de ciudad que no habían formado los siglos. Este vértigo, este furor y apresuramiento necesitaban quien los dirigiese y secundase, é imponían para cumplirlos, nada más que rudimentariamente, un cúmulo inmenso de deberes administrativos.

Realizar el ensanche, agregar á la urbe los pueblos de su llano, reformar el casco viejo, eran los pensamientos que absorbían á Rius por entero. ¡Qué serie de luchas titánicas, qué derroche de actividad el desplegado por Rius para llevar adelante su pensamiento!

Precisa formar concepto de la máquina complicada de nuestra administración centralista y burocrática, de las trabas á veces insuperables del expedienteo á que obliga la urdimbre de nuestra administración; precisa recordar hasta que punto la administración municipal es teatro de las luchas políticas y del personal que, por regla general, tales luchas llevan á la administración comunal, para comprender el esfuerzo que significa la obra de Rius y los tormentos y amarguras de su espíritu, al llevarla adelante.

Rodeado de pasiones mezquinas, encontrarse cada día

y á todas horas en el trance de abandonar su obra ó transigir con ellas á cambio de llevarla á cabo; sentir horror del medio al que no se adapta su temperamento y verse obligado á soportarlo, ya que sin él ni sus ensueños ni su gloria de ciudadano y de hombre público son realizables, es una lucha formidable, que no comprende la mayoría de sus conciudadanos: los malos, porque para éstos el ideal altruista del hombre público es incomprensible y sólo se explican la intervención en la cosa pública como grangería en provecho propio; los otros, los egoístas, los hombres de su casa, porque no comprenden como semejante lucha puede sostenerse cuando puede acabarse sencillamente volviendo á casa, único ideal para ellos decoroso y concebible.

Si Rius hubiese sido impulsado por el afán de poder y de dominio político, le bastaba imitar á los que antes que él lo habían ejercido; podía vegetar en esta atmósfera malsana del *do ut des* que está á los ojos de todos; conceder favores, dispensar influencias á cambio del goce del propio engrandecimiento. El engrandecimiento propio no produce ni explica aquella fiebre de actividad para las

mejoras y el engrandecimiento de la ciudad, que dominaba á Rius continuamente.

Cuando algún investigador concienzudo del porvenir escriba la historia de nuestra urbanización municipal y examine minuciosamente nuestro archivo municipal, ojeando expediente por expediente, estudiando calle por calle, obra por obra, de este análisis habrá de deducir con relación al período del 70 al 90, la glorificación de Rius.

Si Rius hubiese podido realizar su ideal en otro medio y con diversas condiciones, hubiera quizás logrado que fuese un hecho aquella frase con que sintetizaba su pensamiento: «hacer de Barcelona la ciudad más grande y más hermosa del Mediterráneo.»

La agregación de los pueblos del llano por el constantemente impulsada, es hoy un hecho. La reforma interior y el saneamiento del subsuelo, ni están realizados ni se vislumbra, por ahora, esperanza de su realización.

En cambio llevó Rius á cabo una empresa, que constituye la obra más adecuada y más conforme á su temperamento, la exterioración más completa de su espíritu: la Exposición Universal de 1888.



Placa dedicada á Rius y Taulet por el Ayuntamiento de Barcelona, en prueba de gratitud por sus trabajos y desvelos en pro de la Exposición Universal



Tumba donde desoansan los restos del Marqués de Oliérdola, en el Cementerio del S.O. de Barcelona

Concebida la idea y comenzada por iniciativa particular, se vislumbraba un fracaso doloroso. Rius cree comprometido el buen nombre de la ciudad, y en cuerpo y alma se consagra á la obra que habíá de glorificar á la ciudad y glorificar su nombre. Durante aquellos meses de vertiginosa actividad que preceden á la exposición, aparece Rius como un atleta formidable. Su vida corporal parece en suspenso; apenas come ni duerme. Es un espíritu luchador que se consagra á vencer dificultades que surgen á cada momento. Su fe y su entusiasmo son el aliento que vivifican á la legión de hombres que cooperan á la manifestación de nuestra actividad.

El éxito corona sus esfuerzos. El goce purísimo del artista ante su obra soñada, inunda el alma de Rius, presidiendo aquellas fiestas de la Exposición. Contemplar como la atención del mundo es atraída á su ciudad, como las escuadras de los pueblos más poderosos de la tierra saludan á la Reina en nuestro puerto; presidir aquella

fiesta del arte, de la ciencia, de la industria y de la paz, siendo el teatro su ciudad querida, era el espectáculo que mejor podía saciar su espíritu y realizar su gran pasión.

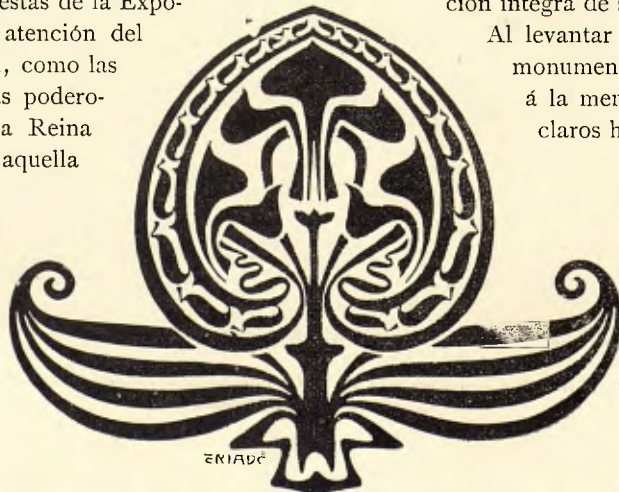
El goce íntimo de Rius al ver colmados, con la Exposición Universal, sus ensueños, lo pagó con su vida.

Aquel cuerpo robusto, quebrantado por la asombrosa actividad que habíá prodigado y minado por las infames luchas de la política á través de las cuales habíá llevado adelante su idea, cae gloriosamente, victima de las heridas recibidas en el campo de batalla.

Los que, por las circunstancias, fuimos en aquellos días tristes de su muerte, sus testamentarios, al contemplar, sin sorpresa, la prueba plena de la honradez inmaculada y del sacrificio heroico de Rius, tuvimos la revelación íntegra de su personalidad combatida.

Al levantar la ciudad á Rius y Taullet un monumento, paga una deuda sagrada á la memoria de uno de sus más preclaros hijos.

J. CARNER





Rius y Taulet, en 1888



EL GRAN ALCALDE DE BARCELONA

(PÁGINAS DE UN LIBRO INÉDITO)

No me propongo escribir la biografía del gran Alcalde Barcelonés. Ya lo hizo Sol y Ortega, aunque fueron muchos los que con deleite la oyeron, en cierta ocasión solemne y nos hemos quedado todos sin el gusto de poder leerla.

Además, aunque al lector le importe poco mi opinión, ha de saber que no me parece bien que se moleste á nadie, esplicándole cuando y en donde nació un personaje, (que las mas de las veces no lo és) y si nació de padres ricos, pero honrados ó viceversa.

Y también habría otra razón para no escribir ahora la biografía de Rius y Taulet, pues nada podria decirse que no fuera repetición de los innúmeros artículos biográficos que en vida y en muerte de él se ocuparon, algunos de ellos para ensalzarle en artículos ditirámicos de elogios claveteados, y otros desatándose en censuras más ó menos veladas.

Los primeros eran casi siempre una solicitud pedigüeña, que á su tiempo cristalizaba en una petición de empleo ó negocio, que si no era justa ó moral, abortaba enseguida; los segundos eran indefectiblemente el resultado de una negativa y el derecho del pataleo.

Lo que más admiraba, no obstante, era el poquísimos caso que hacía de las censuras y elogios. Es claro que sería mentir el negar que le satisfacían éstos y le molestaban momentaneamente aquellos, pero ni los unos le desvanecían, para engreirse en sus obras, ni los otros le quitaban alientos para proseguirlas.

Siempre me acordaré del consejo que, con una naturalidad y convencimiento extraordinarios, me dió con motivo de los injustificados y cotidianos ataques que empezó á dedicarme un cierto periódico que se había puesto á la Exposición Universal por montera.

—¿Quiere V. creerme?— me dijo:— haga V. como yo. No lo lea, ni permita que se lo lean.

Esto no quiere decir que no tuviera en gran predicamento la misión de la Prensa, entre la cual es verdad que hacía las debidas distinciones.

En la primera y segunda épocas de la Alcaldía de Rius y Taulet, los periódicos locales no eran tantos, ni ninguno de ellos era hijo de empresas mercantiles, razón por la cual tenían perfecta libertad de criterio y obedecían únicamente á su filiación política ó á su modo de pensar y de sentir, en asuntos de la localidad.

Rius se hacía enterar de todo cuanto decían los periódicos y, si hallaba justas ó pertinentes las quejas, las censuras ó las iniciativas, las aceptaba, sin buscar el aplauso ni la satisfacción de su amor propio.

Pocos habrán sido como él, en nuestra Ciudad, más censurados y las más de las veces injustamente.

Recuerdo que al sugerirle la erección del Monumento á Colón la idea de abrir un gran paseo adornado de palmeras, el cual bautizó con el nombre del gran navegante genovés, un periódico democrático de esta localidad se desató en grandes censuras contra él y su proyecto, motejándole con el nombre de *paseo de las escobas*, y llegando á amenazarle con que la acción popular le exigiría responsabilidades, por malversación de los fondos comunales.

Algunos Concejales, de los que andan siempre temerosos de responsabilidades, llegaron á preocuparse de la campaña tenaz y persistente del periódico y se acercaron á Rius, para conocer, más que su opinión, el efecto que la campaña producía en su ánimo.

—¿V. cree, D. Francisco, que arraigarán estas palmeras?— le dijeron.

El interpelado, levantando la cabeza y apartando la pluma de los documentos que el Secretario le ponía á la firma, les dijo, dando á sus facciones un aspecto de cómica gravedad:

— De que vivirán, no tengan Vdes. ninguna duda; lo que no puedo asegurarles es si darán dátiles...

* * *

Diariamente y muy particularmente durante su última época, se recibían en las Casas Consistoriales y en el domicilio particular de Rius una infinidad de periódicos, revistas, ilustraciones y libros con artículos laudatorios, apuntes biográficos y retratos, que las más de las veces ni tenía tiempo para hojear, ni mucho menos para leer.

Un día, después de haberme consultado el caso, Bohigas, el escribiente del despacho, á quien todos conocíamos por su bondad y el entrañable afecto que profesaba á D. Francisco, pidióle permiso para recoger todos los papeles que de él se ocupaban y coleccionarlos en un album, junto con los retratos que en diversas formas, tamaños, colores y procedimientos se habían publicado.

Bohigas, conocedor del carácter modesto y serio de Rius, se esforzaba en quitarle importancia á la cosa, diciendo que unicamente era como una curiosidad y para tener en lo sucesivo una historia documentada de sus múltiples y variadas gestiones.

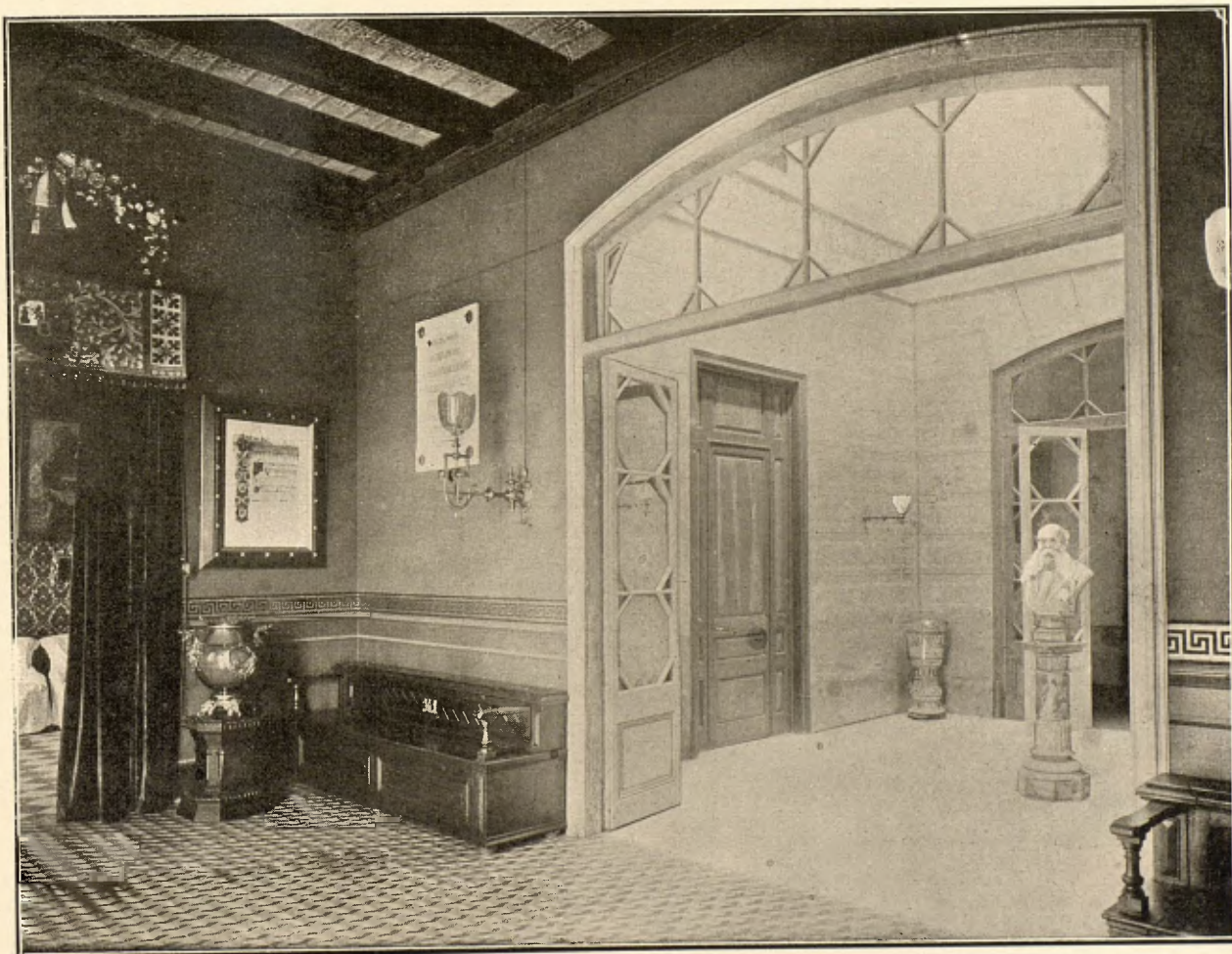
— No tengo inconveniente en ello— dijo D. Francisco — pero pongo por condición que se coleccionen también los artículos censurándome y las caricaturas.—

Bohigas no habló más de la cosa; y después de muerto don Francisco, al remover junto con mi buen amigo Carner la balumba inmensa de papeles, encontramos hacinados, sin orden ni concierto y llenos de polvo, en un cuarto oscuro inmediato al despacho, todo aquel arsenal que bien pudiera llamarse el *Libro de Honor* de nuestro Alcalde.

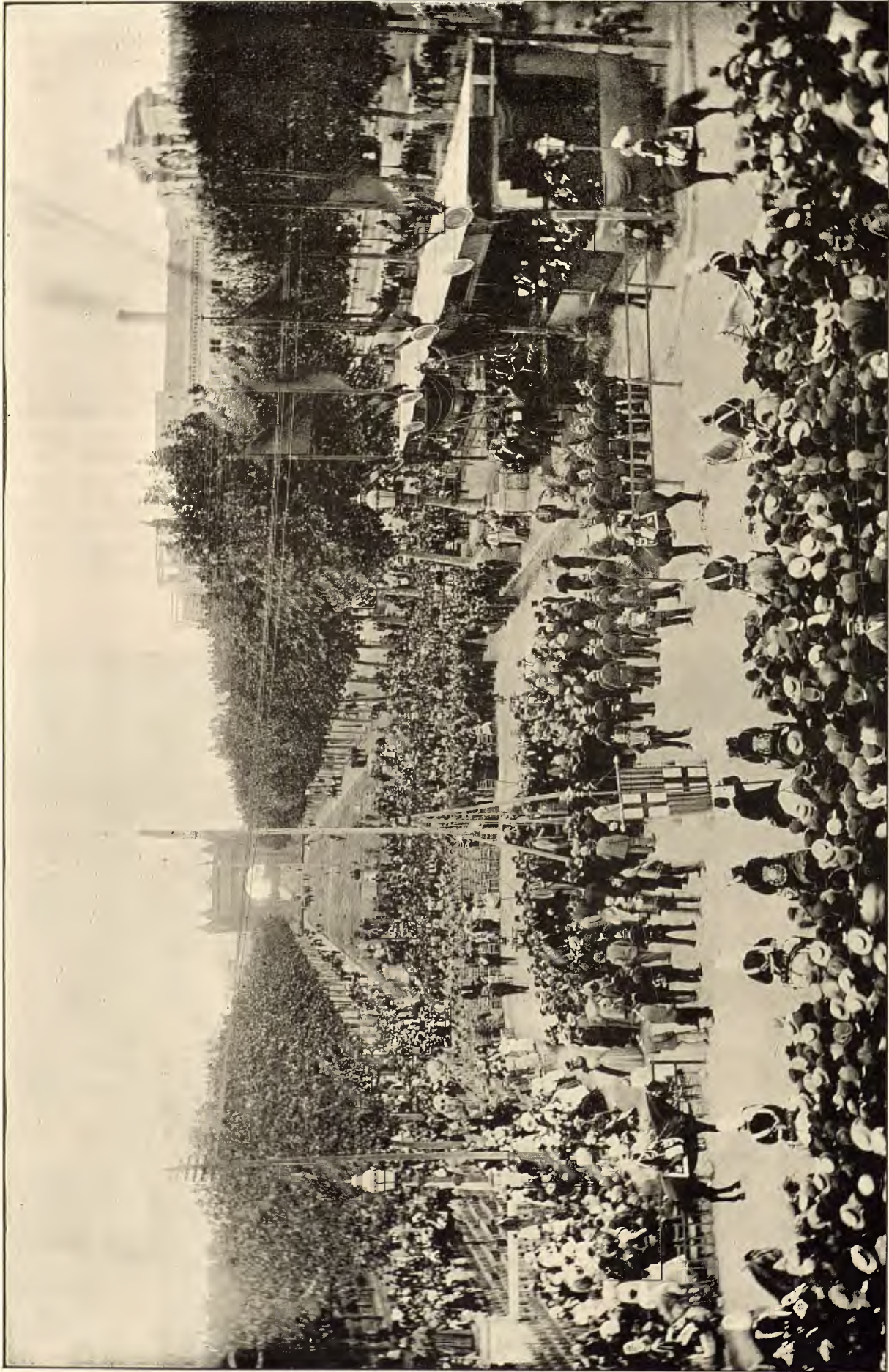
* * *

Cualquiera que no hubiese conocido á Rius y Tauler, más ó menos intimamente, no se habría convencido de las cualidades que atesoraba, ni tan solo habría adivinado en él al autor de tantas y tan notables obras como habría realizado.

Al que no supiera que era catalán y barcelonés empedernido, le habría pasado lo que aconteció al Comisario de la Sección italiana de nuestro Certámen Internacional, quien, en la primera reunión de Delegados extranjeros, al ver aquella fisonomía tranquila, rubicunda y reposada, aquellas espléndidas patillas matematicamente talladas, que por lo correctas y bien cuidadas parecían obra del jardinero Oliva, aquella calva reluciente que despedía al rededor de su cráneo como un nimbo de santo y aquel andar acompasado y grave, un si es no es empaquetado, que le daba un aire distinguido, díjome al verle ocupar la presidencia y comenzar su discurso:



Vestíbulo del edificio construído por suscripción pública y dedicado por la ciudad de Barcelona á Rius y Tauler



Laureano, fot.

Ceremonia de la colocación de la primera piedra del monumento erigido á la perpétua memoria del gran Alcalde barcelonés

— ¿Este es el Alcalde?... Le había tomado por un banquero belga.

* * *

Su casa era como el espejo de su vida. Vivía con una modestia que casi no concebían los que sabían cuan colosal era su trabajo y los inmensos favores que había hecho, las reputaciones que había levantado y las fortunas que con un desinterés y empeño inconcebibles, había contribuido á labrar.

Aquellas sillas y cortinages de formas y telas de mediados de nuestro siglo, aquella sencillísima mesa de escritorio por la cual han pasado asuntos de la mayor importancia y trascendencia, aquella bata gris, en la cual metódicamente se arrebujaba al sentarse en su butaca del modesto despacho, han sido un timbre de gloria y unos trofeos de honradez, para el hombre por cuyas manos han pasado los negocios más importantes de la Ciudad.

Sus rasgos de probidad y desinterés ocuparían muchísimo espacio, y aun después de muerto, ofenderíamos su modestia si los que los conocimos los diéramos á la publicidad.

No puedo resistir, empero, al vehemente deseo de dar á conocer uno, que por la respetabilidad y significación de las personas que en él intervinieron, y por lo gráfico y contundente de su desenlace, bastará para darlos á comprender todos.

Con motivo de la venida á nuestra Ciudad de la Real Familia para inaugurar la Exposición Universal, Rius venció todos los insuperables obstáculos que se ofrecían para la apertura y urbanización de la soberbia avenida que hoy conocemos con el nombre de Rambla de Cataluña.

Los que recuerdan aquel malecón inmundado, que partía en dos la Ciudad nueva, dificultando sus comunicaciones y comprometiendo la moral y la seguridad públicas, saben el colosal esfuerzo que hubo de realizar el Alcalde, y la inmensa mejora que á la pública circulación y á los intereses urbanos, proporcionó aquella abertura.

Dos propietarios de aquella vía, respetables por su posición y su nombre, D. Joaquín María de Paz y D. José Vilumara, agradecidísimos al que era su amigo y compatriota, esperaron ocasión oportuna, con motivo de la fiesta onomástica de D. Francisco de Paula, para ofrecerle, en propiedad, el primero de los solares del nuevo y soberbio paseo, lindante con la Plaza de Cataluña.

Cuando Rius hubo oído de labios del pulcro é integérrimo D. Joaquín María de Paz, el importante y merecido ofrecimiento, entre asombrado y agradecido, les dijo, levantándose de su asiento y estrechándoles la mano:

—Les agradezco á ustedes más de lo que pueden figurarse lo que acaban de manifestarme, pero no se ofendan si rotundamente me niego á aceptar el regalo, pues tengo el firme propósito de morir sin poseer ni un palmo de terreno en Barcelona, ni una lámina de los valores municipales.

Con esta oferta consideró saldada la gratitud inmensa que le debían los propietarios de la Rambla de Cataluña; y dos años más tarde había cumplido, desgraciadamente para su familia, su espartana promesa.

* * *

Rius era, además de modesto, sóbrio hasta la exageración, pero sin darse cuenta de ello, ni hacer gala de su sobriedad.

No fumaba; su alimentación era parca y sin refinamientos de *gourmet*; era enemigo de perder tiempo en la mesa y no bebía vino de ninguna clase.

Uno de sus antiguos amigos y correligionarios, con quien le unían lazos de intimidad profunda, le decía después de una comida oficial:

—No te gusta el vino y en cambio te he visto beber Champagne, dos ó tres veces, cuando has brindado.

—Es que el Champagne, repuso jovialmente el Marqués de Olérdola, lo uso tan solo para hablar bien de Barcelona y como combustible para encender el fuego del entusiasmo en los que habeis de ayudarme en mis empresas.

* * *

Todos en el mundo tienen su nota característica; unos sublime, otros ridícula, otros sentimental, otros humorística; hay quien se apasiona por las artes, los viajes, las mujeres, las armas, los caballos, la política, la bicicleta ó el globo dirigible.

Rius sentía una pasión inmensa por Barcelona, para la cual todo le parecía poco.

Él soñaba una urbe inmensa, del Besós al Llobregat y de Vallvidrera al Mar; la concebía adornada de grandes edificios y monumentos, llena de vida y movimiento, admirada por sus hijos, envidiada por los extranjeros, ensalzada por todos.

Es indudable que con su fé, su perseverancia y su trabajo, la hizo adelantarse cincuenta años;



Sillón del despacho de S. M. la Reina Regente, en las Casas Consistoriales, ofrecido al gran Alcalde como recuerdo de la estancia de S. M. en Barcelona, con motivo de la apertura de la Exposición Universal

pero aquella marcha vertiginosa ha sufrido un descarrilamiento lamentable, y no hay por ahora quien la imprima nuevo movimiento.

Cuando se le acusaba ó simplemente se le hacían observaciones respecto de la grandiosidad con que concebía y quería realizar sus proyectos, contestaba:— Lo que hoy les parece á Vdes. colosal, mañana será mezquino. No me preocupan las censuras de hoy: busco el aplauso de mañana, porque será manifestación desapasionada de la gratitud y del cálculo de nuestros hijos.

Si alguna vez llegaban hasta él aquellas lamentaciones económicas de los grandes gastos y de la situación financiera del Municipio, objetaba con deliciosa naturalidad:— A los barceloneses les gusta vivir á la moderna y pagar á la antigua. Huyen de los impuestos, pero se quedan con los empréstitos, pagándolos con prima y levantando el crédito. Si ellos encuentran preferible esta forma de pago, es cuestión de gustos, pues al fin y al cabo Barcelona es de los barceloneses.

* * *

Según los sempiternos detractores de Rius, éste poseía una fortuna colosal, hecha á beneficio de las muchísimas obras realizadas y de los grandes intereses, cuya mejora se debía á la realización de sus inagotables proyectos é iniciativas.

La solución del conflicto del paso á nivel por la calle de Aragón, le había valido una prima de ochenta mil duros. La aprobación del proyecto de Reforma de la Ciudad antigua, más de quinientas mil pesetas. La Exposición Universal una cantidad fabulosa; y en otros asuntos, que se citaban con todos los pelos y señales, había ingresado tantas sumas y tan espléndidos regalos, que para los que tales cosas creían á pies juntillos, la administración financiera del patrimonio de Rius y Taulet había de ser de una importancia y complicación extraordinarias.

Todo esto se condensaba y repetía en un diluvio de asquerosas murmuraciones; y mientras tanto los impostores beneficiaban sus terrenos con los proyectos de Rius, y se bañaban con voluptuosidad oriental, en baños de oro, procedentes de ilegítimas herencias de confianza.

De nada servía la modestia y sobriedad con que nuestro Alcalde vivía, ni el crédito de su despacho de Abogado, ni la fama y prestigio de una familia respetable, para desvanecer tales imposturas.

—Esto no se sabrá hasta después de su muerte—decían los más cavilosos y los más solapados.

Y en efecto: la muerte se encargó de despejar la incógnita.

* * *

Para Rius y Taulet, el interés material nada significaba, pues sostenía que la abnegación y el patriotismo estaban en razón inversa del lucro y la ganancia.

Por esto quedó admirado, y perdió en su concepto una gran parte de su estimación, uno de nuestros más célebres artistas, quien, en cierta ocasión de compromiso para nuestro Alcalde, después de haber oído sus deseos y proyectos, contestóle:

—*Tot aixó està molt bé, D. Francisco, però, ¿què paga y quan cobrem?*

A Rius le bastaba la recompensa moral, la satisfacción del cumplimiento del deber, el aura popular.

Cuando, después de grandes fatigas, molestias y disgustos, pasados en Madrid durante sus diversos y numerosos viajes, luchando con la atonía burocrática del centralismo, regresaba á nuestra Ciudad con los asuntos resueltos, y veía congregados en los andenes de la estación, más que á sus amigos políticos, á sus admiradores y á los representantes de las fuerzas vivas de nuestra Ciudad, que con sus abrazos, vivas y aplausos, le llevaban, estrujándole, hasta el coche que había de conducirle en carrera triunfal hasta su domicilio particular ó hasta las Casas Consistoriales, dábase por satisfecho y sobradamente retribuido de los disgustos y sinsabores pasados.

Pagado y bien pagado con creces, se consideró Rius, en aquella noche memorable del nueve de Diciembre de mil ochocientos ochenta y ocho, en que, llenos los salones de la Casa-Ayuntamiento de lo mas selecto que nuestra Ciudad encerraba en aquellos días de las fiestas de clausura de la Exposición Universal, el pueblo de Barcelona, congregado en la amplia plaza y desafiando los rigores de una cruda noche de invierno, se entusiasmaba con el canto épico de los *Nets dels Almogavers* y pedía, entre atronadores aplausos y vítores entusiastas,

que saliera, por dos y tres veces, al balcón principal del edificio, aquel Alcalde, en quien resumía y personificaba toda la gloria que el espirante Concurso Internacional le había proporcionado, dándole á conocer ventajosamente ante propios y extraños.

* * *

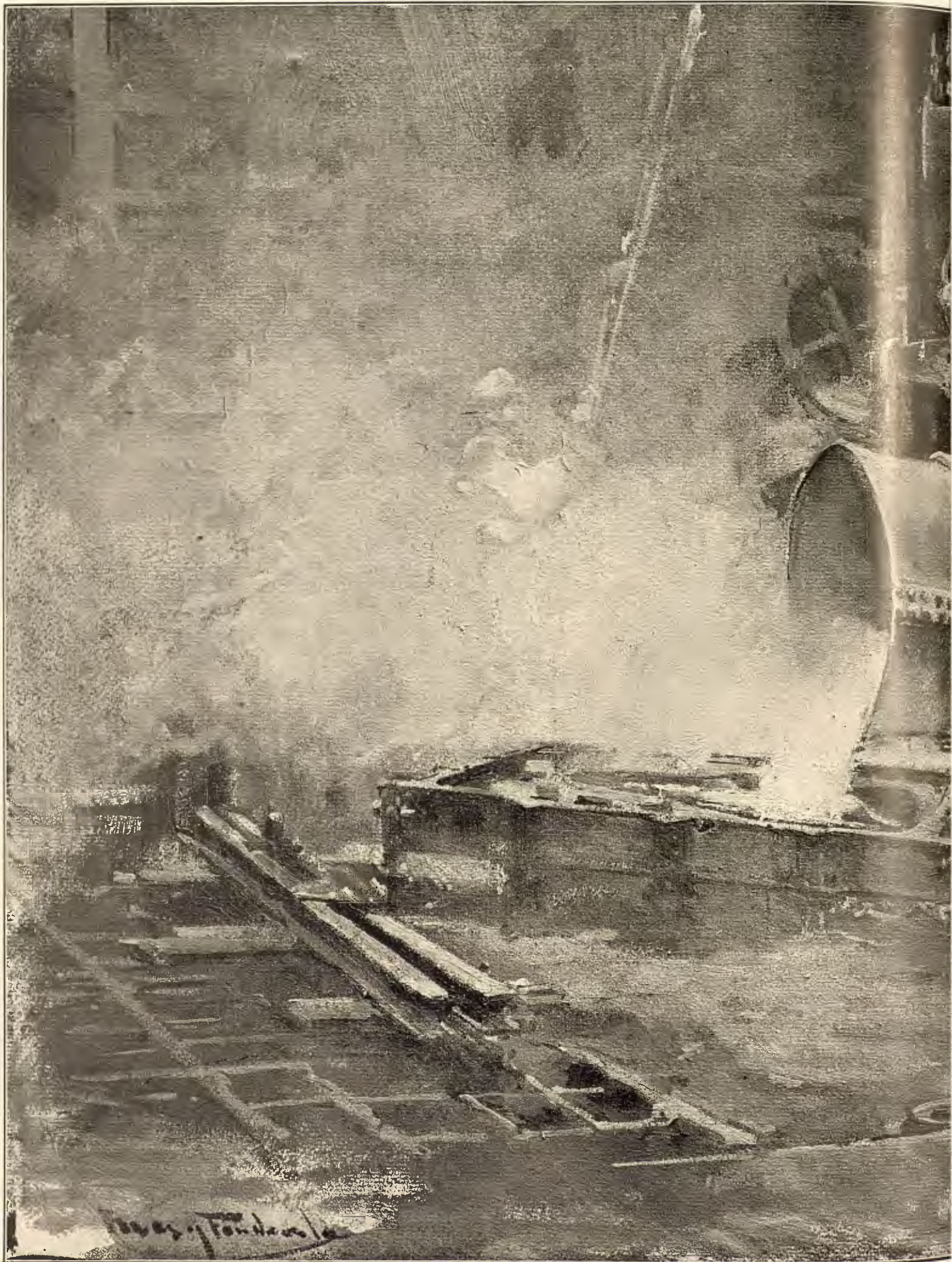
Y tanto como esta manifestación de entusiasmo popular, había de satisfacerle á Rius y Taulet, dada su



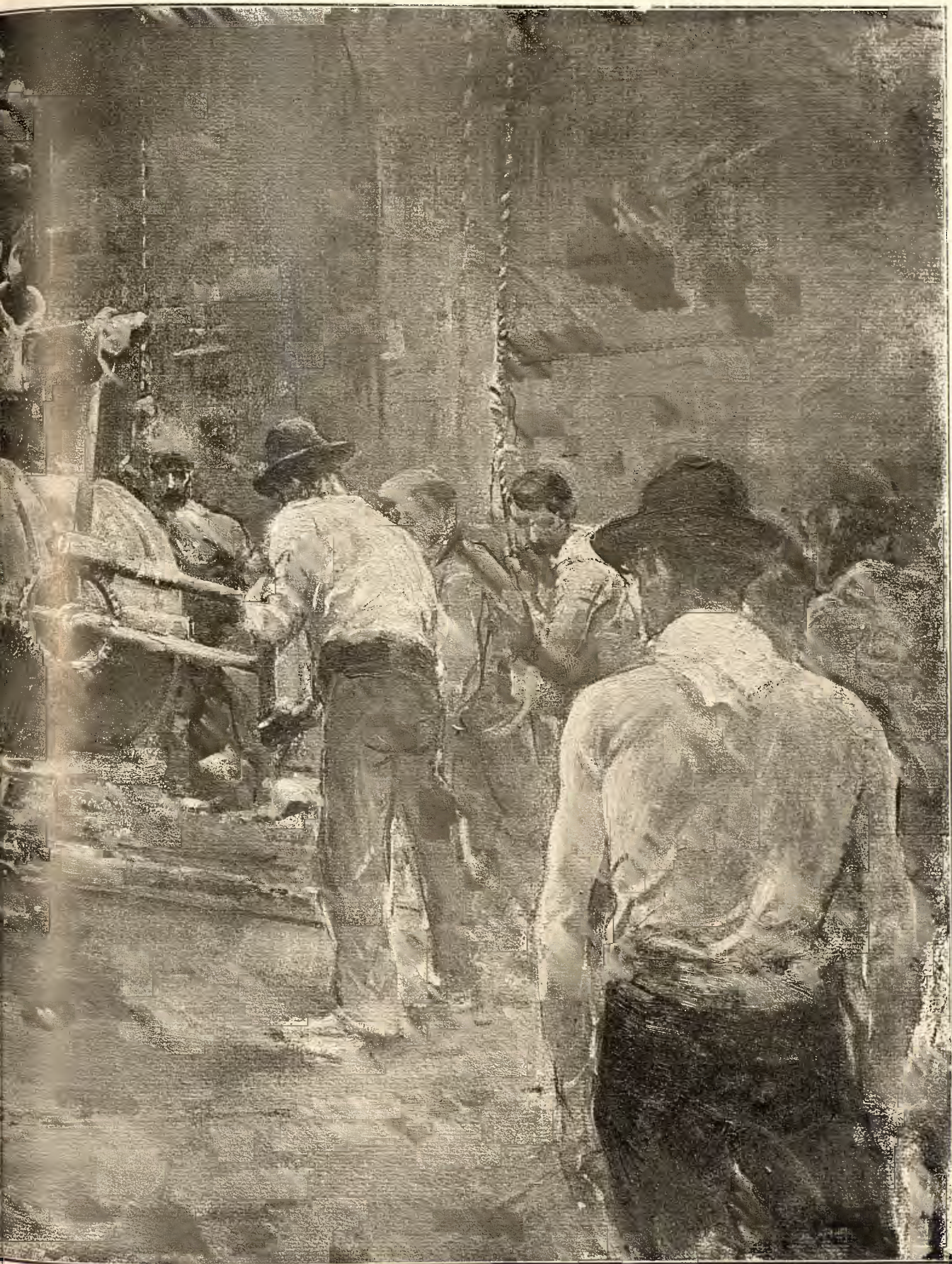
Jarrón de Sevres, regalo particular del Presidente de la República francesa Mr. Sadi Carnot, á Rius y Taulet.



El celebrado escultor Manuel Fuxá modelando en su taller una de las estatuas del monumento dedicado á Rius y Taulet
APUNTE DEL NATURAL por MAS Y FONDEVILA



Acto de la fundición de una estatua del monumento á Rius y Taulet, en los reputados talleres



Res de los Sres. Masriera y Campins.-ESTUDIO DEL NATURAL, por MAS Y FONDEVILA

diosincracia y su nobleza de aspiraciones, un acto, que no vacilo en calificar de solemne y que por ser casual y casi íntimo, es bien poco conocido y contados fueron los que lo presenciaron.

Congregados estaban en el gran salón del Pabellón Régio del Parque, en aquella sazón morada del Rey Luís de Portugal, las autoridades y altas personalidades de la Exposición y de la ciudad, que por razón de sus representaciones y sus cargos habían de despedir al monarca lusitano, que salía aquella noche en tren especial hacia su país, después de haber sido huésped de nuestra ciudad durante unos ocho días, prestando ocasión á nuestro Alcalde para demostrar con las atenciones y obsequios que le dedicara, la cortesía, la seriedad y el afecto del pueblo barcelonés.

La etiqueta palaciega, desterrando la vibrante claridad del gas, hacía que aquellas espléndidas habitaciones, iluminadas por la tenue luz de centenares de bugías, presentaran un aspecto de solemnidad y de recogimiento, con la mancha negra de la indumentaria ceremoniosa y el diapason apagado de las conversaciones, que á media voz y en círculos y corrillos tenían entre sí los congregados, que ni la brillantez de tantos y tan vistosos uniformes, ni el número de los concurrentes, lograba desvanecer.

A la voz de un caballero, anunciando la presencia del Rey, cesaron las conversaciones y convergieron cuerpos y miradas hacia la real persona, que ya entonces llevaba impresos, en su andar y en su aspecto, los estragos de la cruel dolencia que minaba su vida.

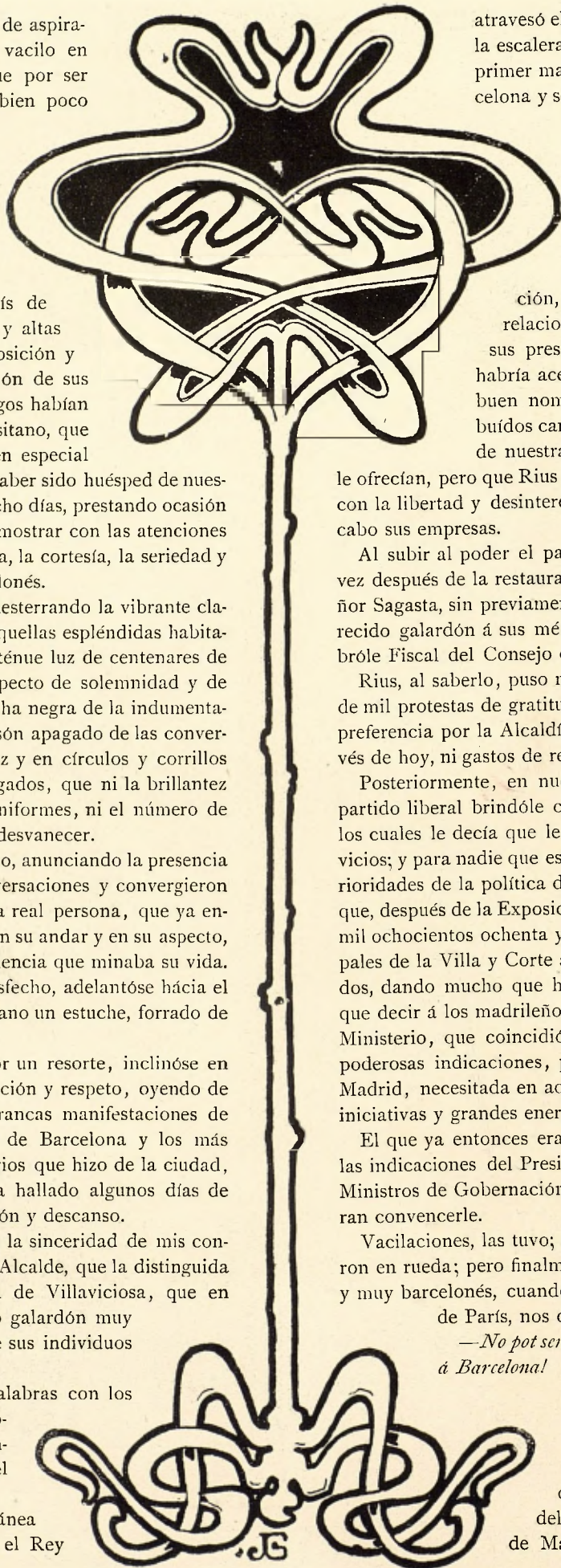
El Rey, sonriente y satisfecho, adelantóse hacia el Alcalde, llevando en su mano un estuche, forrado de tafete.

Rius, como movido por un resorte, inclinóse en ademán de profunda atención y respeto, oyendo de labios del Rey las más francas manifestaciones de gratitud hacia el pueblo de Barcelona y los más cumplidos y sinceros elogios que hizo de la ciudad, en la cual dijo que había hallado algunos días de entretenimiento, satisfacción y descanso.

— En demostración de la sinceridad de mis conceptos, dijo, deseo, señor Alcalde, que la distinguida Orden de la Concepción de Villaviciosa, que en Portugal estimamos como galardón muy codiciado, os cuente entre sus individuos más distinguidos.

Y acompañando sus palabras con los hechos, abrió la caja y colocó por sí mismo la condecoración en el pecho del Alcalde.

Terminada esta espontánea é inesperada ceremonia, el Rey



atravesó el vestíbulo y dirigióse hacia la escalera, llevando á su derecha al primer magistrado municipal de Barcelona y seguido de toda la comitiva, vivamente impresionada.

* * *

Si Rius hubiese querido poner á contribución, ó mejor dicho, explotar sus relaciones particulares y políticas, sus prestigios y su respetabilidad, habría aceptado, sin mengua para su buen nombre, los altos y bien retribuidos cargos que diversas entidades de nuestra ciudad y de fuera de ella

le ofrecían, pero que Rius consideraba incompatibles con la libertad y desinterés con que quería llevar á cabo sus empresas.

Al subir al poder el partido liberal, por primera vez después de la restauración, su jefe político el señor Sagasta, sin previamente consultarle y como merecido galardón á sus méritos y consecuencia, nombróle Fiscal del Consejo de Estado.

Rius, al saberlo, puso mano á la pluma y á vuelta de mil protestas de gratitud y adhesión, demostró su preferencia por la Alcaldía de Barcelona, que, al revés de hoy, ni gastos de representación tenía.

Posteriormente, en nuevas ocasiones, el jefe del partido liberal brindóle con cargos importantes, en los cuales le decía que le eran convenientes sus servicios; y para nadie que estuviera iniciado en las interioridades de la política de su partido, era un secreto que, después de la Exposición Universal y cuando en mil ochocientos ochenta y nueve, los asuntos municipales de la Villa y Corte andaban algo perniquebrados, dando mucho que hacer al Gobierno y mucho que decir á los madrileños, Rius fué el candidato del Ministerio, que coincidió en este caso con altas y poderosas indicaciones, para ocupar la Alcaldía de Madrid, necesitada en aquel entonces de saludables iniciativas y grandes energías.

El que ya entonces era Marqués de Olérdola oyó las indicaciones del Presidente del Consejo y de los Ministros de Gobernación y Fomento, sin que pudieran convencerle.

Vacilaciones, las tuvo; opiniones diversas le pusieron en rueda; pero finalmente, se sintió muy catalán y muy barcelonés, cuando en el saloncito del Hotel de París, nos dijo:

— *No pot ser. Estich segur que anyoraria á Barcelona!*

* * *

Nada tenía de extraño que fuera Rius el candidato del Gobierno para la Alcaldía de Madrid, después del colosal



Excmo. Sr. D. Juan Coll y Pujol
Alcalde - Presidente,
en la ceremonia de colocación de la primera piedra
del Monumento

M. Ilre Sr D. Juan Amat y Sormaní
Alcalde - Presidente, en la ceremonia de inauguración del Monumento

D. Pedro Falqués
Arquitecto

D. Manuel Fuxá
Escultor

D. Carlos Pirozzini

D. Evaristo Alomá

Vocales - Secretarios de la Comisión Ejecutiva



Album dedicado á Rius y Taulet, por la Asociación de la Prensa italiana en 1888.

prestigio á que había elevado dicho cargo en Barcelona y cuando ministros y magnates y hasta la Real Familia habían tenido ocasión de ver y tocar personalmente las excepcionales cualidades del Alcalde de Barcelona.

Quien más interés tenía en ello, dejando aparte al Conde de Xiquena, era don Carlos Navarro Rodrigo, en aquel entonces Ministro de Fomento y que había sido delegado por el Gobierno para preparar en Barcelona la llegada de SS. MM.

Era, si no me equivoco, este buen señor, de pura raza andaluza, con ceceo y todo en su hablar, listo como él solo, fino y educado en su trato y decidor de chispa, con gracia y donaire.

Algunos días hacía ya que andaba por nuestra ciudad, lleno de obsequios y atenciones, viendo como el Alcalde se multiplicaba en todas partes y á todo atendía, venciendo obstáculos, allanando dificultades, logrando imposibles, cuando, admirado de tanto poder y de tantas dotes de mando desplegadas por Rius y Taulet, le dijo:

—¡Vaya, amigo don Francisco, esto que lleva usted en la mano no es una vara de Alcalde: esto es un cetro!...

* * *

Es indudable que una de las empresas que más ímprobos trabajos y más glorioso renombre reportó á Rius y Taulet, fué la Exposición Universal de 1888; pero es inne-

gable también que en ella encontró los prodromos, de su grave enfermedad cardíaca y su prematura muerte.

Imaginarse, sin haberlo visto, los trabajos, los disgustos y las impresiones de todas clases que la gestación y el desarrollo de aquel grande acontecimiento producía al Alcalde, al político y al hombre de familia, es inconcebible, para los que con deleite asisten á los espectáculos teatrales de gran efecto; sin darse cuenta de la tramoya inmensa, de los ensayos y de las infinitas peripecias á que ha dado lugar su presentación, con todo el *grandioso aparato que su interesante argumento requiere*.

Dando de mano á los mil incidentes precursores de los grandes trabajos, que constituyeron la génesis de aquel Certámen Internacional, basta fijarse en la rapidez vertiginosa con que debieron realizarse y las rudas oposiciones que se hicieron á la idea, para comprender el temple de ánimo de Rius.

Después del viaje rapidísimo y *casi clandestino*, que, junto con el Secretario del Ayuntamiento señor Aymar, hicimos á Madrid, para preparar los principales detalles referentes al carácter internacional que tenía la Exposición y á la obtención del apoyo oficial y de una subvención, con carácter de anticipo, por parte del Estado, regresamos á Barcelona, doloridos aun, más que por la molestia del viaje, por la profunda extrañeza é incredulidad con que los prohombres de la política, sin excepción de partidos, veían el atrevimiento de aquel Alcalde provinciano, que quería lle-



M. FUXÁ
Estudio de hombre simbolizando el Trabajo
para el monumento á Rius y Taulet

var á cabo, y dando seguridades de éxito, lo que no había aun intentado realizar la capital de la Nación, con su poder y sus recursos.

El mismo Sagasta, presidente en aquella época, como hoy, del Consejo de Ministros, á pesar de conocer las energías y alientos de su adicto correligionario, no cesaba de hacerle continuas observaciones respecto de la gravedad y magnitud del proyecto.

Rius, parecía un iluminado. Hablaba al jefe del Gobierno, con una seguridad, con un entusiasmo y con una energía, que acabaron por convencerle ó cuando menos interesarle en la idea.

Para Rius la Exposición Universal había de ser el renacimiento del trabajo nacional, el despertar de nuevas industrias en España, el restablecimiento completo de la paz interior, el comienzo de nuestra consideración ante los países extranjeros, que nos verían resurgir con valientes iniciativas y nuevas energías, la consolidación de la Monarquía, que acababa de experimentar rudo golpe con la muerte del Rey, y sobre todo, un compás de espera, en las luchas apasionadas de los partidos, que darían tregua, según él, á sus ataques, ante el compromiso que España iba á contraer con las demás naciones.

Había momentos, en que hasta paisanos nuestros, de los que figuraban en primera línea entre los políticos de la Corte, aconsejaban á Rius que desistiera de su empresa, que era, decían, superior á sus fuerzas y que con el fracaso había de reportarle grandes responsabilidades para el buen nombre y para los intereses de la ciudad; pero con su batallar incesante y su predicación continua, logró llevar, sino el convencimiento, la vacilación favorable, al ánimo de algunos conspicuos que quisieron escucharle; y digo *quisieron*, porque no eran muchos los que de buena gana y con interés, oían sus continuas peroratas.

Pocos días hacía que habíamos efectuado nuestro regreso y comenzado los primeros trabajos de organización y propaganda, cuando se inició en el Senado aquella campaña incalificable, impidiendo repetidas veces y día tras día, por medio de un obstruccionismo parlamentario, la aprobación de la subvención propuesta tímidamente por el Gobierno y el apoyo oficial para nuestra Exposición.

El efecto que causaba en nuestra ciudad aquel obstruccionismo, que muchos creían precursor de una votación contraria, era desconsolador y mortal para nuestra empresa, en cuyo éxito creíamos, por aquel entonces, muy pocos.

Confieso ingenuamente que yo fuí uno de los vacilantes, hasta el extremo de que un día, al salir de

mi despacho, ya cerrada la noche, dolorosamente impresionado por las noticias que el telégrafo nos avanzaba y por las opiniones desalentadoras que durante el día había recibido, me encaminé á las Casas Consistoriales en donde encontré firmando, con el Secretario de la Alcaldía, á don Francisco.

Al levantar su cabeza y darme la mano para saludarme, conocí que aparentaba una tranquilidad que en su interior estaba bien lejos de sentir.

Preguntóme enseguida por los trabajos que se hacían, y sin necesidad de indirectas comencéme á hablar, con amargura y despecho, de la indigna campaña que en el Senado se estaba haciendo, después de lo que formalmente se nos había prometido.

Era tanta su energía, al expresar sus quejas y tan gráfica la expresión de lo que merecían aquellos padres graves de la Patria, por su conducta, que me creí, engañosamente, secundar sus propósitos, al aconsejarle que desistiera de su empresa, explicando en una reunión magna, y por medios de publicidad los más apropiados, los poderosos motivos que él particularmente y el Municipio de Barcelona, tenían para desistir de la celebración del Certámen, en vista de la oposición sistemática que, en desdoro de nuestra ciudad, hacían al proyecto los Cuerpos Colegisladores.

Oír esto el Alcalde y borrarse de sus facciones hasta la menor seña de disgusto y desaliento, fué cosa de un instante.

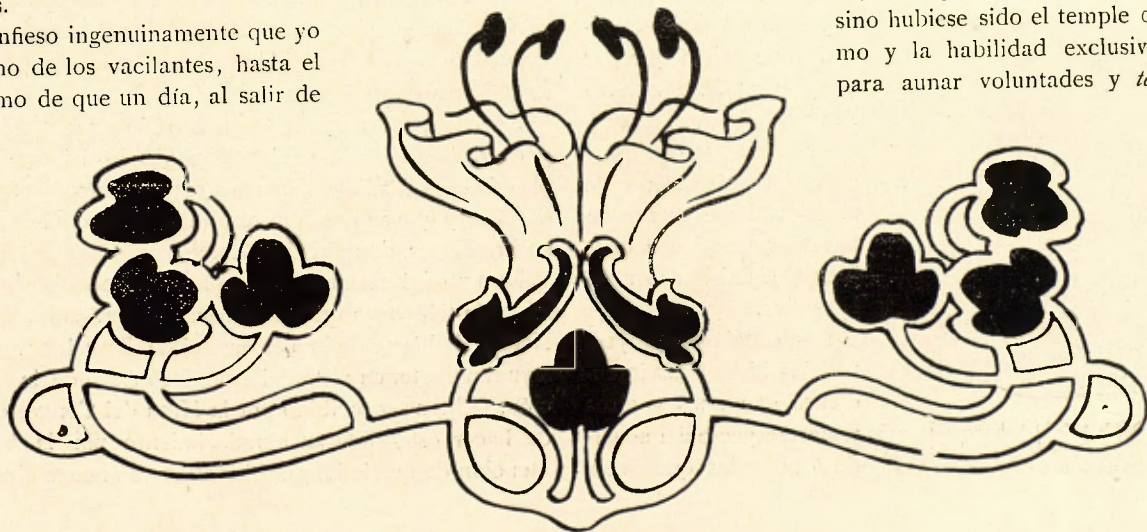
Después de una breve pausa, y procurando dar á sus palabras el tono agri-dulce que reservaba para expresar sus contrariedades, soltóme don Francisco la siguiente repulsa, que no olvidaré en toda mi vida:

—Ya sabe usted desde hace mucho tiempo cuánto aprecio su buena voluntad y sus trabajos, y que la cooperación de todos me es, más que necesaria, imprescindible; pero si usted también desfallece, le ruego que no venga á desalentarme; pues le juro que la Exposición se hará pese á quien pese, aunque me cueste la vida!

Y el juramento lo cumplió en todas sus partes.

* * *

La oposición ruda y sistemática, y la guerra civil que por enemigos no despreciables se hizo á la Exposición Universal, antes del parto, en el parto y después del parto, bien podían hacerla fracasar, sino hubiese sido el temple de ánimo y la habilidad exclusiva que para aunar voluntades y *templar*



gaitas, como vulgarmente se dice, posefa Rius y Taulet.

Cuando se le hablaba de estas dificultades y oposiciones, que unas veces se presentaban en forma artera y caumniosa y otras descaradamente insultante y acanallada, solía contestar á los que se doltan de tales procedimientos:

—Para el que desea el éxito de un proyecto, cuánto más violentas son las oposiciones, mejor. Porque son como los ríos que se salen de madre, arrastrando materias fecundantes. Producen disgustos momentáneos y pérdidas relativas; pero fecundizan los terrenos que cubren y los preparan á producir ópimos frutos.

Este convencimiento le daba una serenidad y clarividencia tales, que necesariamente habían de favorecer su obra y conquistarle simpatías y adeptos.

Empero los enemigos de la Exposición eran tenaces todos, activos muchos é inteligentes algunos.

Entre estos últimos cundió una idea diabólica, que fué milagro de Dios, no nos llevara al fracaso.

Ocurrióseles redactar un documento, que más tenía de proclama que de manifiesto, en el cual, en forma muy hábil y altamente ingeniosa, se exponían motivos y razones para demostrar que ni Barcelona podía celebrar con éxito la Exposición Universal, ni podía escaparse ya de una derrota moral y económica.

Este documento, que habría sido un recurso más, aumentó su gravedad, al ser traducido en todos los idiomas y circulado en los países que podían favorecernos con su concurrencia.

La noticia y el escándalo, corrieron con una rapidez extraordinaria, y el lector comprenderá el efecto que produjo, no tan sólo en el público, sino principalmente entre los iniciados que formaban el Consejo General y las Comisiones Directiva y Ejecutiva.

El golpe había sido de mano maestra; y la alarma, la espectación y el desaliento cundían rápidamente, atajados tan solo por las voces de serenidad y de calma que por doquier profería nuestro Alcalde.

El documento original entró en Secretaría y de él debía darse cuenta en la sesión que iba á celebrar la Comisión Central Directiva.

Las cábalas y proyectos, las ideas y las intenciones que unos y otros tenían respecto del acuerdo ó acuerdos que debe-

rían adoptarse, al discutirse dicho asunto, producían una atmósfera tan densa é irrespirable, que no eran pocos los que predecían que la Exposición moriría por asfixia.

En grupos y en corrillos, antes de entrar en junta, emitíanse opiniones, preparábanse planes de discusión é indicábanse oradores para contrarrestar el efecto total de la trata, jugada por los enemigos más hábiles de la Exposición.

Y á todas estas, el Alcalde Presidente no venía, ni se conocía su opinión sobre el asunto.

Compareció por fin, y sin demora alguna ocupó su asiento.

Intentaron algunos saber cuáles eran sus propósitos; indicaciones se le hicieron, respecto de la ansiedad y temores que en el seno de la Comisión existían; y cuando, después de leída el acta y aprobados otros asuntos regulares, se dió lectura del terrible documento, apenas hubo leído fecha y firmas, sin dejar espacio posible entre mi voz y la suya, dijo Rius, con entereza y serenidad imperturbables:

—Visto y enterado...—Siga el despacho.

Todos, oradores y oyentes, quedáronse, como suele decirse, con el resuello en el cuerpo, sorprendidos y esperanzados; y al día siguiente, antes de que las hojas del estrafalario documento circularan por el extranjero, salían del Ministerio de Estado las comunicaciones á nuestros Embajadores y Ministros plenipotenciarios, participándoles que la Exposición Universal de Barcelona se celebraba bajo el patrocinio de S. M. la Reina Regente de España y con el apoyo oficial del Gobierno de la Nación.

* * *

Prueba elocuente é innegable de la importancia que como hombre público había alcanzado Rius y Taulet, después de terminada la Exposición Universal, fué su viaje triunfal por algunas ciudades de Andalucía, después de haber permanecido en Madrid y Aranjuez, recibiendo los obsequios del Gobierno y las atenciones de la Real Casa.

Su llegada á la Corte fué un acto que le satisfizo extraordinariamente á él y nos impresionó agradablemente á todos los que le queríamos y disfrutábamos con sus satisfacciones ó nos apenábamos con sus sinsabores.

El ser recibido en la estación por el elemento oficial, compuesto de Ministros y Senadores, Diputados y altos funcionarios, el verse rodeado de nuestros paisanos en Madrid residentes, que se disputaban el honor de abrazarle y de estrecharle la mano, y sobre todo la honra de ser conducido á su alojamiento en coche de la Real Casa, especialmente enviado por S. M. la Reina Regente, colmóle de satisfacciones, que indudablemente le compensaban sus pesares y disgustos pasados.

Era en aquellos días de Mayo de 1889, en que se hallaba convertido en hervidero el Congreso de los Diputados, por uno de esos conflictos que tan á menudo suceden en aquella Casa y que entonces motivaba una grave cuestión con su Presidente, don Cristino Martos.

Esto no fué obstáculo para que Rius, recordando el memorable telegrama que la Cámara de representantes de la Nación había enviado á la ciudad de Barcelona, y á su Ayuntamiento, en vista del grandioso éxito de la Exposición, pidiera ser recibido por la Mesa del Congreso, á fin de hacer ostensible su agradecimiento por la honrosa atención de que habían hecho objeto á nuestra ciudad.



Jarrón de Limoges, regalo del Comité francés de la Exposición Universal de Barcelona



Fot. de Hermenegildo Miralles

Monumento elevado por el pueblo de Barcelona á la memoria de Rius y Taulet



Monumento dedicado á Rius y Taulet por los Comisarios y Miembros extranjeros del Jurado Internacional de Premios de la Exposición Universal de Barcelona.

Al día siguiente, por la tarde, nuestro Alcalde, acompañado de los concejales que con él formaban la Comisión y precedido de los ugières del Congreso y de nuestro Portero Mayor, Quintana, era recibido por una comisión de Diputados y atravesaba el Salón de Conferencias, lleno á rebosar de políticos de todas clases, cuyos grupos se abrían con respeto y curiosidad en dos filas, á las voces de:

« Paso al señor Alcalde de Barcelona. »

* * *

Para terminar este incoherente trabajo, permítaseme arrancar del libro y poner aquí una hoja triste, que será una nueva prueba de la consideración que Rius mereció, hasta en los más apartados países extranjeros y demostrará que las recompensas materiales no habían de aprovecharle.

Una de las secciones más curiosas, interesantes y visitadas de la Exposición Universal, fué sin disputa la de Turquía, la cual en su nave especial presentaba productos típicos de aquel país y en la galería llamada de Trabajo, fabricaban y vendían algunos de sus expositores objetos, que dieron no escasas ganancias á sus vendedores.

El Embajador turco, al visitar nuestro Certámen y el Cónsul de aquella Nación en nuestra ciudad, quedaron satisfechos y agradecidos de las atenciones que con sus expositores se habían tenido, y así se lo manifestaron, de una manera especial y cordialísima, al Alcalde, para quien tuvieron frases de la más alta consideración y cortesía.

Transcurrió algún tiempo; y cuando allá por el mes de Septiembre de 1890, dejábamos ya casi completamente terminadas las muchísimas incidencias que una Exposición Universal trae consigo, presentóseme un día el Cónsul general de Turquía, que lo era entonces un súbdito de aquella Nación, llamado Jussuff Effendi.

Después de los corteses saludos de costumbre, manifestóme la imposibilidad en que se hallaba de cumplir el encargo que había recibido del Gobierno otomano, para el señor Rius y Taulet, quien, según le habían manifestado en su casa, se hallaba ausente de Barcelona y, añadiendo que si algo le interesaba, referente á la Exposición, se viera conmigo.

Indicóme, con visibles muestras de satisfacción, que á propuesta suya y del Embajador de la Sublime Puerta, en Madrid, el Sultán se había dignado conferir al señor Rius, el *Gran Cordón de la Orden de Mitjidié*, cuyas insignias, que me invitaba á ver en su casa, le habían sido remitidas junto con el *firman* del monarca otomano.

Entre curioso y satisfecho, no me hice de rogar para visitar al amable Cónsul, quien me mostró, en un elegante estuche de marfil, con chapa de oro, la condecoración, cuajada de piedras preciosas y cuyo valor material, me dijo, ascendía á diez y ocho ó veinte mil francos.

— Por esta razón, — añadió — no quiero dejarla sino en manos del Marqués de Olérdola, á quien tengo el encargo de presentarla personalmente.

Quedé, pues, muy gustosamente, con el encargo de ver ó escribir á don Francisco, que se hallaba entonces en su casa solariega de Olérdola, y notificarle al señor Cónsul, si el señor Rius disponía venirse á Barcelona ó deseaba que el representante turco, fuera á la finca del Marqués, conforme se hallaba dispuesto á hacerlo Jussuff Effendi.

Practicadas personalmente, por mi parte, las gestiones y enterado Rius de la importancia del obsequio, hubo de manifestarme que, á fin de evitar molestias al Cónsul y hallándose ya dispuesto á regresar á Barcelona, dentro breves días le recibiría con mucho gusto en su casa, conforme merecía su caballerosidad y la significación, para él muy apreciable, del encargo.

Acaecía esto, poco más ó menos, del veinte y dos al veinte y cuatro de Septiembre.

¡El día veinte y ocho, con estupefacción de todos y duelo general de Barcelona, los voceadores de la prensa de la tarde, anunciaban por calles y plazas la muerte, repentina é inesperada, de Rius y Taulet...!!

(E. P. D.)

CARLOS PIROZZINI Y MARTÍ



Rius y Taulet, como político

Al estudiar á don Francisco de P. Rius y Taulet como ilustre y memorable alcalde de Barcelona, como celoso administrador de sus intereses y como iniciador ó autor de casi todas las reformas que la han puesto en camino de llegar á ser, en tiempos no lejanos, la capital más hermosa del mar latino, renovando la gloriosa época en que compartiera su dominio con Venecia, Pisa, Génova y demás Estados italianos; al avalorar las eximias dotes que en tales conceptos le adornaban; al señalar el zenit de la legítima y esplendorosa gloria que en ellos alcanzara, queda ya tan perfectamente dibujada su figura, que punto menos que imposible es presentarle bajo otro nuevo aspecto.

Y lo es más, porque realmente es difícilísimo, en el terreno puramente especulativo, establecer las diferencias que separan la administración de la política, y tarea casi impropia es fijar en absoluto sus respectivas fronteras, que, en el terreno de la realidad, se compenetran, enlazan y confunden en un solo y exclusivo orden de energías humanas.

En los albores de la revolución de Septiembre de 1868, gloriosa etapa de nuestra historia política que determinó una era de progreso para nuestra nación, comenzó á darse á conocer entre los elementos liberales de Barcelona el nombre de don Francisco de P. Rius y Taulet. Sus energías, su actividad, fácil palabra y agradable trato, le captaron pronto la simpatía de los hombres que á la sazón representaban la causa liberal y que le llevaron á ocupar uno de esos puestos, (el de juez municipal del distrito de las Afueras,) que no por pertenecer á la administración de justicia dejan de tener un sello eminentemente político.

A fines del mismo año entró, por vez primera, á formar parte del Ayuntamiento de Barcelona, por haber sido elegido concejal. En aquella corporación, cuya mayoría estaba compuesta de elementos genuinamente revolucionarios, Rius y Taulet dió gallarda muestra de su adhesión á la causa de la libertad y del orden, formando parte de la minoría y sosteniendo rudos combates en defensa de los principios de su credo político, ya tomando parte brillantísima en la discusión que se promovió con motivo de pretender cambiar el nombre á la histórica plaza del Rey, ya oponiéndose al planteamiento, en Barcelona, de determi-

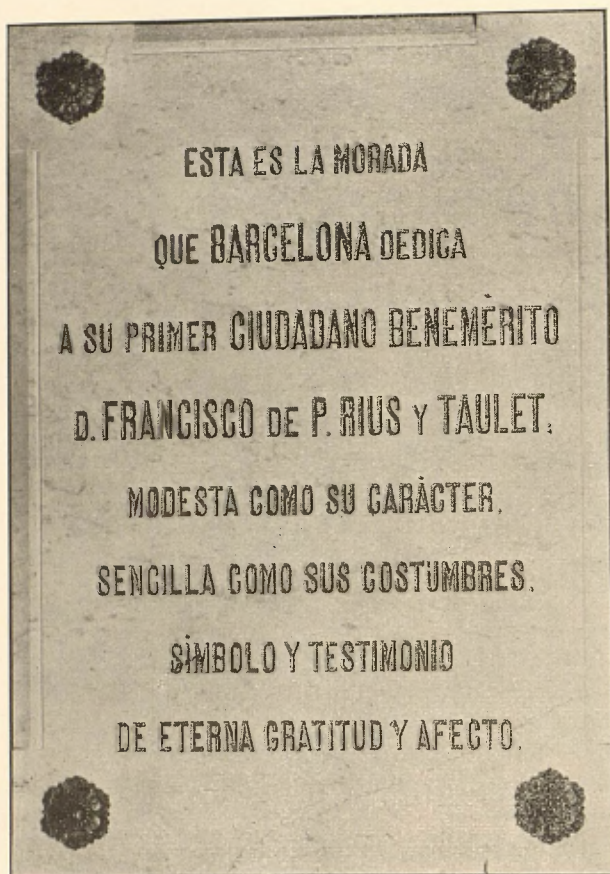
nadas reformas sociales antes de que fuesen leyes del Estado, debidamente aprobadas y sancionadas.

No hemos de seguir reseñando sus triunfos en el Municipio y los distintos cargos que en él desempeñó, misión perfectamente cumplida por plumas mejor templadas que la nuestra.

Continuando, por lo tanto, en la difícil tarea de consignar y estudiar los actos puramente políticos de tan eximia personalidad, llegamos al más crítico tal vez de todos, á aquel que debía marcar el rumbo de su vida pública y que, influyendo de un modo decisivo en todos los demás, debía constituir la base de su gloriosa y espléndida carrera.

Entre los distintos y heterogéneos elementos políticos que colaboraron en la gloriosa revolución de Septiembre, unidos todos por los vínculos del más acendrado patriotismo y amor á la libertad, cuya conquista tantas y tan cruentas luchas había evitado á nuestros antepasados, figuraban, en primer término, las fuerzas liberales adictas á la monarquía, numerosas, fuertes, estrechamente unidas y vigorizadas por su reciente triunfo. Pero, por una ley, que casi nunca se desmiente en la vida en general y particularmente en la evolución política de los pueblos, al llegar los partidos políticos á la realización de sus ideales, al encontrarse en la plena posesión del poder, garantía única del cumplimiento de sus aspiraciones, comenzaron á manifestarse en el seno de la gran familia liberal ciertas fluctuaciones de opinión y á dibujarse distintas tendencias en la cuestión de procedimiento, deteniéndose unos en su marcha, aunque sin volver por ello su vista hacia atrás, y precipitándose los otros por la pendiente, que rápida y fácil se les presentaba, hasta llegar, jadeantes é impulsados por la fuerza de los acontecimientos, ante una meta que no era realmente la que habían tratado de alcanzar.

En aquellos momentos en que las pasiones hervían y se agitaban las ambiciones, desarrollando el germen de la desunión y de la discordia y determinando en la gloriosa historia política de nuestra patria el trascendental suceso de la división de las huestes liberales monárquicas, formándose los dos partidos, radical y constitucional, el señor Rius y Taulet, fiel á sus sentimientos de hombre de



Lápida-dedicatoria existente en el vestíbulo de la casa de Sarriá, ofrecida por la ciudad de Barcelona á Rius y Taulet

orden, que no debilitaban en él su entusiasta adhesión á la causa de la libertad, después de haber sido vice-presidente de la junta que se nombró para procurar la conciliación de ambas fracciones en la capital del Principado, y fracasadas sus patrióticas tentativas, se afilió decididamente al bando constitucional, á cuyo frente figuraba ya tan dignamente el actual jefe del partido liberal monárquico Excmo. señor don Práxedes M. Sagasta.

Desde este instante quedó definida la situación política del señor Rius y Taulet. Soldado fiel del partido constitucional, siguió, una por una, todas sus vicisitudes, ocupando casi siempre un honroso puesto en el Municipio barcelonés, iniciando y llevando á cabo, durante su gestión, una serie de reformas importantísimas para Barcelona.

Durante el lapso de tiempo á que nos referimos, tras el breve reinado de don Amadeo, modelo de reyes constitucionales y el ensayo de gobierno republicano, tuvo lugar la restauración de la antigua dinastía de los Borbones en la persona de don Alfonso XII á quien las amargas lecciones de las desgracias, recibidas en el destierro, hicieron prudente y previsor; su origen y su sangre española, valiente y generoso; y sus estudios y experiencia política, respetuoso amante de las libertades propias de los pueblos cultos.

En las primeras Cortes de la Restauración comenzó en realidad la vida política del señor Rius y Taulet, que, militando en las filas de la minoría constitucional, tomó parte activa en las discusiones que por entonces se sostuvieron sobre los candentes problemas sujetos á su deliberación. Pasaremos por alto sus trabajos en pro de Bar-

celona, al proponerse la ley especial de agregación de los pueblos cercanos á Madrid, que dieron por resultado que la citada ley se hiciera extensiva á las capitales mayores de 100,000 almas, así como la defensa que, con criterio ampliamente liberal, hizo, en la segunda legislatura, de los intereses y derechos de sus compatriotas contra el impuesto municipal sobre el alumbrado por gas, para fijarnos tan sólo en su discurso sobre la reforma de la ley municipal y provincial en el que, hablando en nombre de la minoría constitucional y alternando en tan honrosa tarea con los hombres más distinguidos del partido: Capdepón, Venancio González, Meselles, Ferreras, sentó la base de su credo político en párrafos tan elocuentes como estos:

«Así como defendemos la centralización política, queremos también la descentralización administrativa, porque queremos que los pueblos y las provincias tengan vida propia; porque queremos que no se mermen sus fuerzas con la inactividad; porque queremos que no lo esperen todo del Estado, que solo mal puede atenderlas, rindiendo tributo al *laissez faire, laissez passer*.

»Yo no cansaré, señores diputados, vuestra ilustrada atención, demostrándoos la importancia del Municipio, que tan elocuentemente ha ponderado un eminente publicista al decir: «El hombre crea los reinos, levanta los imperios, funda las Repúblicas; solo el Municipio parece salir de manos de Dios.»

»También queremos la alta inspección del Estado respecto de las funciones de las Diputaciones y de los Ayuntamientos con el objeto de que giren dentro de su órbita. Lo que no queremos es que la inspección se convierta en absorción, como así acontecerá si aprobáis, señores diputados, el proyecto de reforma de la comisión.»

Y después de enumerar los principales puntos de la reforma que se proponía discutir, decía á la Cámara, defendiendo el sistema representativo:

«Ha llegado ya la hora de que todos los verdaderos amantes del mismo nos fijemos en la necesidad imperiosa que existe de hacer que no se falsee la voluntad del cuerpo electoral, si ha de evitarse que el pueblo recuerde aquellas famosas palabras de Donoso Cortés, que yo no os he de citar: es menester que los nombres de los diputados no salgan del Ministerio de la Gobernación antes de salir de las urnas de los comicios.»

Y con este fugaz pero brillante paso por la candente arena del Congreso y con el más rápido aún por la más reposada del Senado, para cuyo alto Cuerpo fué elegido en 1886, renunciando en breve su cargo para pasar de nuevo á la alcaldía de Barcelona, quedó terminada su vida parlamentaria, para la que demostró no escasas aptitudes.

Don Francisco de P. Rius y Taulet, que era afable de sí y de sencillo trato, era también, sin embargo, amigo de guardar las formas sociales, profesando un verdadero culto á la cortesía y un profundo respeto á todo aquello que tiende á revestir á los hombres públicos y á la autoridad del prestigio y consideración que unos y otra se merecen. Estaba dotado de brillante imaginación que corría parejas con su clara inteligencia y rica memoria, y poseía además una fácil, abundosa y hasta elocuente palabra.

De hueca y ampulosa se calificó, sin embargo, la elocuencia del señor Rius y Taulet por sus émulos y adversarios. Realmente participaba de ambas condiciones, pero

merece tenerse en cuenta que la época en que comenzó su carrera el señor Rius, era, por decirlo así, la última fase de aquella oratoria política española del siglo XIX que, por una serie de concausas, como el carácter peculiar de nuestra raza, dado á la exageración y al empleo de formas ampulosas y brillantes, la influencia francesa con las tendencias declamatorias de su elocuencia, y otras varias, tuvo en general este defecto del cual aun no se ha corregido por completo. Debe también recordarse respecto al señor Rius, los asuntos que comunmente hubo de tratar, el auditorio á quien tuvo que dirigirse y el teatro de sus triunfos oratorios.

Dirijáse unas veces, las más, á los hombres de su partido, en cuyo contingente figuraban aquellos que aún recordaban sus cruentas luchas por la libertad en los campos de batalla y en las barricadas; de aquellos hombres que algunos años atrás habían llegado á irritar á Cristina y á hacer temblar á Espartero; que tenían su piel curtida en los cuerpos de guardia de la Milicia Nacional y habían regado con su sangre las calles de Barcelona en defensa de los principios sancionados por la Revolución; aquellos veteranos que lloraban, sí, lloraban, al oír en las vibrantes notas oratorias del señor Rius la entusiasta apología de su noble, generoso y heróico proceder.

Otras veces le escuchaba el pueblo de Barcelona en masa, los hermanos de las distintas regiones de la patria española, los representantes de Estados y nacionalidades extranjeras, y entonces se aglomeraban en su mente los gloriosos, preclaros recuerdos de nuestra hermosa historia regional, que solo en elevado estilo, en esplendorosas formas, en suspirados cánticos pueden ser enumerados y ensalzados. Si prosistas, qué digo, creadores de la prosa, como Cervantes, y poetas tan grandes como Verdaguer, prodigaron sus más bellos conceptos, sus más brillantes notas á la hermosa Barcelona, á su pasada historia, á su presente y á su porvenir, qué no había de hacer el hombre que no disponía de la castiza pluma del autor del Quijote, ni de la divina inspiración del cantor de la Atlántida!

El carácter afable y cariñoso del señor Rius y Taulet, su temperamento pacífico y suaves procedimientos y su gran transigencia, cualidad que no empecía, en él, á la firmeza y tenacidad de sus ideales, y, por otra parte, los elevados cargos públicos que desempeñó, le llevaron á ejercer la jefatura del partido liberal monárquico de Barcelona durante largos años, no sin que tuviese que luchar con serias dificultades, hijas, en su mayor parte, de los naturales recelos que despiertan los prestigios políticos y de otras circunstancias puramente accidentales que no fueron óbice, por cierto, al extraordinario engrandecimiento del partido y á que su inteligente dirección marcara una de las etapas más brillantes de su existencia.

Al espíritu conciliador y á la flexibilidad de carácter del señor Rius y Taulet, perfecto conocedor de los hombres, se debió que olvidase facilmente los agravios de sus enemigos y se reconciliase con ellos, empleando sus particulares energías, según los casos y las circunstancias, y obteniendo de ellos, por lo general, la más completa adhesión y respeto. Desde este punto de vista, fué criticado en varias ocasiones por creer, amigos y adversarios, que algunas de las personas de que se rodeaba carecían del

suficiente prestigio personal y político para el puesto á que les destinara, pero el señor Rius necesitaba tener á su lado, más que personalidades distinguidas y dotadas todas de propio valer y, por lo tanto, independientes, si no exclusivistas en sus miras, personas perfectamente adictas, soldados leales y aun tal vez inconscientes que aceptasen de plano y secundasen sin resistencia ni vacilaciones sus iniciativas y sus órdenes, basadas siempre en la generosa, desinteresada y simpática idea del engrandecimiento, belleza y prosperidad de Barcelona. Rius y Taulet tenía en este punto muy presente la gráfica frase atribuida al malogrado general Prim: «Con canónigos no se hacen las revoluciones».

La explicación de su ductilidad y transigencia política y aun personal, reconocía además por origen, en él, la idea que tenía formada de la vida política. «El hombre que se dedica á la política, amigo Schwartz, me decía en cierta ocasión, se parece á aquel viajero que se encuentra en la dura necesidad de atravesar un caudaloso río que ora se desliza suave y murmulador, ora se precipita rápido y burbujante. Si se propone atravesarlo en línea recta, desafiando el ímpetu de la corriente, por muy buen nadador que sea, es casi seguro se ve arrebatado por ella y lanzado contra alguna roca ó absorbido por oculto y traidor remolino; si por el contrario se desliza sobre sus ondas suavemente, dejándose llevar por ellas y oponiendo escasa resistencia, es muy probable que, salvando todos los obstáculos, llegue á la orilla opuesta, siquiera desviado algún tanto de su primitiva dirección».

Esta fué realmente la norma constante de su conducta pública.

Rius y Taulet vivió en un período de transición, y su espíritu práctico hubo de nutrirse con los ideales románticos de nuestra historia política y parlamentaria. Fué un político de ideas y de tendencias modernas con formas anticuadas: un político del siglo XX con traje á la moda de mediados del XIX.

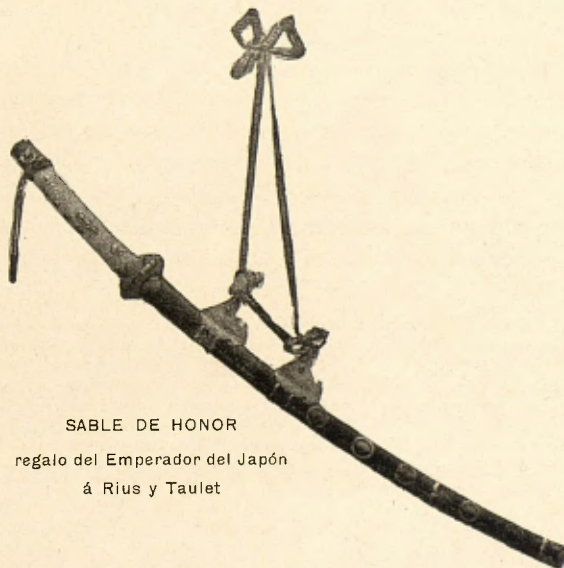
Por esto supo convertir la famosa frase shakspeariana: «palabras, palabras, palabras», en esta otra propia, más prosaica: «obras, obras, obras!»

Las suyas fueron:

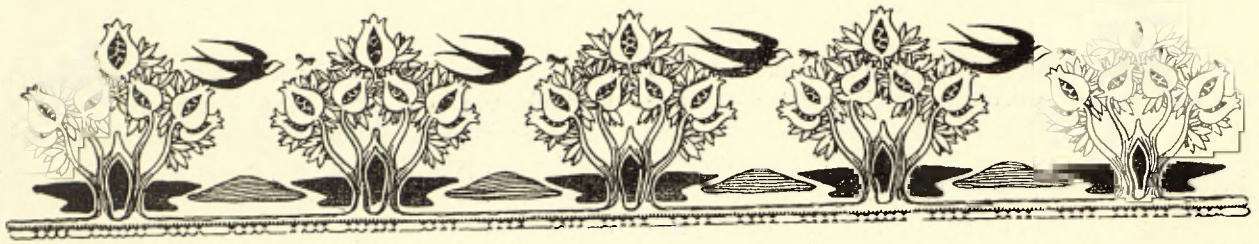
La Exposición Universal de 1888.

La europeización de Barcelona.

FEDERICO SCHWARTZ



SABLE DE HONOR
regalo del Emperador del Japón
á Rius y Taulet



EL MARQUES DE OLÉRDOLA

considerado como administrador

La verdadera economía consiste en gastar bien

¡Paradoja! exclamarán algunos al leer el tema ó máxima con que encabezamos estos renglones. ¿Cómo puede ser que se considere buen administrador á quien gastó grandes cantidades para el embellecimiento de la Ciudad Condal? Contestad á los que duden que, así como es un excelente administrador quien emplea mayores sumas en el laboreo de sus tierras y en la conservación de sus fincas urbanas, con el propósito de obtener más pingües rendimientos, así también merece igual dictado aquel patricio que más gasta para el desarrollo ó engrandecimiento de su pueblo, ciudad ó nación (1). Y dicha excelencia sube de punto cuando se trata de quien, como nuestro biografiado, fué un eximio amante de la patria que se entrega en cuerpo y alma al bien del procomún, y de un modo tan completo, que no le queda tiempo para atender á sus particulares intereses ni al ejercicio de su profesión, llegando hasta consumir en ello su existencia, y muere dejando á su familia casi sumida en la miseria. Ejemplo de civismo poco común en los egoístas tiempos en que vivimos; insólito caso del que, desgraciadamente, no encontraríamos entre nosotros otro parecido.

Para apreciar cuáles hayan sido los beneficios que Barcelona entera ha cosechado del sacrificio de Rius y Taullet, basta saber que, desde que dicho señor ejerció la Alcaldía, la edificación fué extendiéndose por todo el llano como torrente desbordado; los tranvías forman hoy densísima red; los paseos pueden competir con los de las principales capitales del globo; y, como apoteosis de tanta grandeza y reforma, apareció la primera Exposición Universal Española, que, cual piedra miliar, señala el paso de gigante ó sea el adelanto de dos siglos que en seis meses alcanza nuestra ciudad.

Dicho certamen, del que Rius y Taullet constituye el solo protagonista, fué el primero del mundo en que el ocaso del rey de los astros coincidía con la aurora de la electricidad, y el único que ha tenido cómodo acceso al mismo por mar y tierra; pudiendo también afirmarse que pocas manifestaciones de dicha clase podrán ostentar un carácter más genuinamente popular que el que mostró la

realizada por Barcelona, pues todos los servicios y todas las comodidades fueron asequibles á las más modestas clases sociales.

Las innumerables y variadas fiestas y regocijos que tuvieron lugar durante el certamen universal de Barcelona, exceden á toda ponderación. Jamás, ni el mismo París, con atribuirse la supremacía respecto de todas las demás ciudades de Europa, ha podido presentar un conjunto tan completo y harmónico en el cual hayan descollado en tan alto grado las sublimes y conmovedoras solemnidades religiosas—fiel trasunto de las que con pompa grandiosa y excepcional celebra la capital del orbe católico—al lado de los festejos profanos, comparables tan solo con los renombrados de la poética Venecia.

Lo que constituye la esencia de Rius y Taullet, la inspiración de su alma y el fanatismo de sus creencias, es el embellecimiento de su ciudad natal, la preponderancia de este pueblo, la dignidad de Cataluña, el honor español, que es el honor de sus hijos, y el culto, casi monomanía, que inspira todos sus afanes.

No se juzguen exageradas nuestras palabras, pues ningún otro vínculo nos ligó con el Excmo. señor don Francisco de Paula Rius y Taullet que el de ser hijos ambos de la ciudad de Barcelona. Así es que ni aficiones políticas (que no hemos sentido jamás), ni agradecimiento de favores, que no hemos recibido, han podido guiar nuestra pluma; son los hechos los que atestiguan cuanto hemos dicho; son los números que lo demuestran; es la realidad que lo afirma; desde las reformas y embellecimiento de Barcelona iniciados por el benemérito Rius y Taullet, la ciudad condal ha centuplicado su poderío y riqueza.

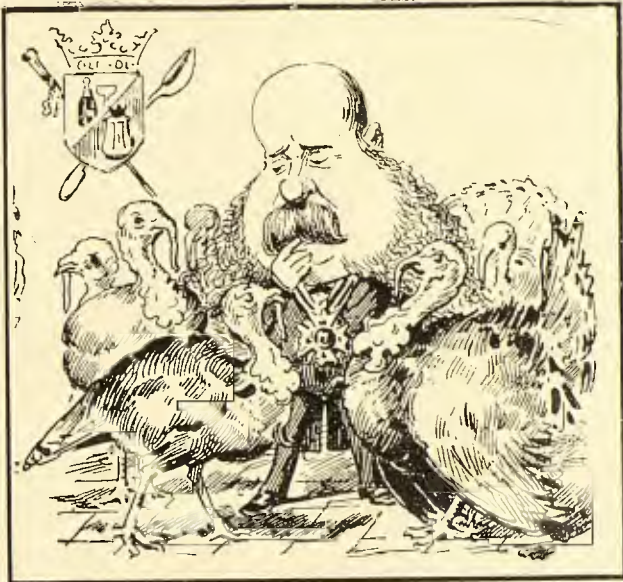
¡Ojalá Dios nos depare en el porvenir otro magistrado municipal émulo del gran Alcalde, cuyo nombre pasará á la posteridad como una gloria nacional!

¡Ojalá renazcan para nuestra amada Barcelona aquellos venturosos cuanto inolvidables días de paz y de bienestar en que la fraternidad reinaba entre las distintas clases sociales!

¡Ojalá que la ciudad condal continúe ostentando el dictado que mereció del Príncipe de los ingenios, cuando de ella dijo que era « archivo de la cortesía, albergue de los extranjeros, hospital de los pobres, patria de los valientes, venganza de los ofendidos, correspondencia grata de firmes amistades, y en sitio y en belleza única! »

(1) Además conviene observar que á las Administraciones municipales que se han sucedido después de las presididas por el malogrado Marqués de Olérdola, á pesar de no haber acometido obra alguna de la magnitud de las que éste llevó á cabo, no les ha sido posible aliviar el presupuesto municipal, pues, dejando aparte el extraordinario que motivó la Exposición Universal, resulta que los presupuestos municipales refundidos del interior, correspondientes á los años económicos de 1885-1886 á 1889-1890 presentaron, como gastos, un promedio de 27,630,644 pesetas, y el del año 1900, último liquidado, ascendió á 50,600,508 pesetas.

ANTONIO TORRENTS Y MONNER



Caricaturas de Moliné, referentes á la vida privada y pública de Rius y Taulet, publicadas en 1888-89 por la casa López



HERMENEGILDO MIRALLES

59 - BAILÉN - 70

BARCELONA



HISPANIA. — LITERATURA Y ARTE. CRÓNICAS QUINCENALES.

PANORAMA NACIONAL, 2 tomos con 640 vistas de España y Colonias.

ATLAS GEOGRÁFICO, con 58 mapas en colores.

Á LOS TOROS. Álbum por PEREA, con 28 acuarelas.



LITOGRAFÍA

MONTADA CON TODOS LOS ADELANTOS MODERNOS



RELIEVES. Trabajos en relieve para fábricas de tabacos, etc.

ENCUADERNACIONES industriales y artísticas.

JUGUETES recortados para fábricas de chocolate, etc.

IMÁGENES de todas clases.



AZULEJOS CARTÓN PIEDRA

PODEROSO ELEMENTO PARA LA DECORACIÓN INTERIOR

PÍDASE CATÁLOGO